

PUTA PERO NO TUYA

Crónicas sobre trabajo sexual

María Belén Robledo y Micaela Hilgenberg

Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP

Putá pero no tuya – Crónicas sobre trabajo sexual

Contacto

belrobledo77@gmail.com

micaelahilgenberg@gmail.com

Dirección: Dr. Lucas Díaz Ledesma y Lic. Silvina Allegretti

Ilustración y diseño de tapa: Eliana Quilla

Ilustraciones internas: Alexia Gastearena

Corrección: Los Ateneos

PRÓLOGO

Por Lucía Inés Coppa

Las miradas y sospechas casi intuitivas que giran en torno a ‘la prostitución’ remiten rápidamente a esquemas de percepción a través de los cuales organizamos nuestras representaciones de la sexualidad, específicamente en ese punto de intersección en el cual confluyen el despliegue de performances eróticas y el intercambio comercial, activando una especie de alarma cultural ligada a lo que, sin mayores precisiones, podríamos referir como pánicos morales.

Es que ‘la prostitución’, como unidad significativa, así singular, está provista de una carga semántica que pareciera obturar otros horizontes pensables más allá de una serie de imágenes dadas y reforzadas, deliberada o subrepticamente, a partir de los imaginarios y relatos hegemónicos que nos introducen en ese territorio muchas veces remoto.

La historización nos presenta una puerta de entrada para desandar estos esquemas que se nos presentan como

rígidos e inmutables en relación a las formas del goce, del trabajo, del erotismo, de las sexualidades. Algunas primeras aproximaciones en perspectiva histórica nos permiten explorar los modos en que la prostitución es leída como elemento sintomático de fenómenos más amplios y en escasas oportunidades en sus propios términos. Desde su caracterización como foco infeccioso en relación a la propagación de enfermedades venéreas entre fines de siglo XIX y principios de siglo XX, a su representación como vía de acceso a una subcultura delictiva o constitutiva de una forma de vicio o mala vida, el estigma ha sido un núcleo común de sentidos sociales y culturales sobre esta forma de intercambio comercial y, en particular, sobre las mujeres que han ejercido la prostitución.

Los avances de los movimientos de mujeres durante la primera parte del siglo XX se asentaron en gran medida sobre la reivindicación de derechos en clave igualitaria, poniendo de manifiesto el androcentrismo implícito en categorías con pretensión de universalidad. Judith Walkowitz ha afirmado con acierto que muchas de estas reivindicaciones suponían, por un lado, incursiones de

mujeres alzando la voz en la esfera pública, pero, paradójicamente, en ocasiones la voz de esas mujeres vanguardistas que lograban irrumpir en el espacio público también obturaban las experiencias y trayectorias vitales y afectivas de otras. Tal es el caso que observa en relación al tráfico de mujeres, indagando en los procesos de resistencia a la regulación de la actividad en Gran Bretaña y las movilizaciones organizadas en función de ello en las que convergían coaliciones de reformadores morales de clase media, feministas y trabajadores radicales exigiendo la revocación de la legislación sobre enfermedades contagiosas. A partir de ello, identifica el papel de las campañas abolicionistas como el acceso al espacio público para mujeres de clase media, observando como contradicciones y ambigüedades del emergente movimiento de mujeres el hecho de que un lenguaje melodramático de victimización femenina conducía inevitablemente a una privación de las prostitutas de cualquier factor activo de subjetividad compleja.

Los flujos y circulación de ideas, imágenes y representaciones en torno al tráfico de mujeres, la *trata de*

blancas y la explotación sexual se introducen también en la esfera local traduciendo preocupaciones y pánicos que fueron sedimentando sentidos asociados a ciertas características consideradas como intrínsecas a la sexualidad femenina, entendida también por las teóricas feministas radicales contemporáneas como base de la opresión de las mujeres.

A principios de siglo XX, Julieta Lanteri, pionera del movimiento feminista argentino, abrirá su discurso durante el Primer Congreso Femenino Internacional de la República Argentina sosteniendo que ‘la prostitución femenina es para la mujer moderna su mayor dolor y su mayor vergüenza’. De modo que, a la par que las mujeres afianzaban, no sin dificultades, una identidad política, los contornos subjetivos de la misma estaban también demarcados por exclusiones constitutivas. ¿Cómo experienciaban las mujeres que ejercían prostitución sus oficios y trayectorias? ¿Qué vínculos y lazos tejían? ¿De qué modos organizaban material y afectivamente sus existencias? ¿Cuáles eran sus dolores?

Este libro de crónicas periodísticas nos envuelve en una serie de tramas específicas de comercio sexual y sus protagonistas que reactualiza en clave contemporánea estos interrogantes. Y quizás una de las apuestas más sugerentes reside en las tres imágenes que organizan el desarrollo del mismo: la mala víctima, la puta madre y las putas libres. A partir de estas imágenes y sus respectivos relatos efectuamos un desplazamiento sensible respecto de las retóricas que se tejen en torno a la prostitución como espacio unívoco, homogéneo y lineal en términos opresivos en sí mismos para las mujeres que lo ejercen en tanto víctimas de un ‘sistema prostituyente’.

A través de una observación aguda de las autoras, los relatos traducen los pliegues de los mercados sexuales y las maniobras de las mujeres que lejos están de reducirse a una oferta pasiva de servicios sexuales sino que producen agenciamientos a veces explícitos y contundentes, a veces como tácticas sutiles que pueden traducirse en una mirada de reojo a la cana, de quien sabe cuando y cómo ponerse pilla ante las formas policiales y sus formas de codificación, pero también para sacarle la ficha al cliente.

Las formas jurídicas y los dispositivos institucionales que se activan frente a los mercados sexuales varían de acuerdo a los territorios en que se despliegan, pero siempre suponen una forma de codificar de manera externa una situación determinada que en gran medida oscila entre la criminalización y la victimización como modalidades subjetivas a partir de las cuales se vuelven inteligibles y se erigen las narrativas del rescate de la víctima y la punición de la proxeneta. La endeble capacidad interpretativa de estas categorías recae fundamentalmente en la precarización de las trayectorias de las mujeres que lidian con los mecanismos que se organizan en torno a ellas: policiales, judiciales pero también familiares y afectivos.

Las narrativas aquí presentes nos sumergen en geografías disímiles, territorios que sus protagonistas conocen bien y que las autoras van hilvanando en flashes desde las rutas del Camino de Cintura, recorriendo desde la zona roja de La Plata y locales de la costa marplatense, hasta los espacios digitales como territorios emergentes con sus propias características. En cada uno de ellos las mujeres despliegan sus astucias cuando es posible y singularizan en sus propios

términos lo que la seguridad supone, la vulnerabilidad y las emociones que se hacen cuerpo como cuando te temblaron las piernas porque viste venir las luces azules o te quedaste temblando de miedo porque levantaron a todas y a vos no. Quizás sea el temblor un signo de ese miedo pero también de la potencia: la fiesta, el teje, las lágrimas y el abrazo de quienes son escuchadas fracturando el marco hermético y silencioso sobre el que se escribieron sus historias.

INTRODUCCIÓN

¿Qué implica culturalmente ser una puta? La pregunta viene a cuenta de lo que analizamos en cuanto al trabajo sexual autónomo y es que, más allá de los problemas que este colectivo de mujeres tiene con las fuerzas de seguridad, la salud o la justicia, ser y reconocer su identidad política como “putas” provoca en algunos sectores de la sociedad un resquemor por el tipo de actividad que realizan.

Habitamos un mundo donde aún hay ciertas cuestiones prohibidas para las mujeres, especialmente en el ámbito de la sexualidad.

“La estigmatización de diferentes colectivos de mujeres es un eficaz mecanismo para controlar a las mujeres no estigmatizadas y disuadirlas de infringir los modelos vigentes” expresa la antropóloga Dolores Juliano en uno de sus trabajos sobre el trabajo sexual y es exactamente así como operan las lógicas de poder relativas al género sobre este grupo social. En una sociedad que educa y performa a las mujeres para no ser putas, sino su antítesis, “mujeres respetables y dignas”, las que llegan agitando la bandera

reconociendo que lo son y reclamando un lugar y sus derechos provocan incomodidad y molestia.

Que el trabajo sexual sea legislado o no dependerá la forma en la que se realiza: la situación actual afecta más a las condiciones que a la práctica en cuestión. Además, el reconocimiento de derechos laborales también debe ser acompañado por políticas públicas reales para aquellas personas que desean otra alternativa laboral. Con esa premisa escribimos este libro, que aunque nos esforcemos, no es más que una pequeña parte de las violencias que sufren las putas por encontrarse en un marco de ilegalidad.

Con *Putas pero no tuyas* mostramos que aquellas mujeres que trabajan con su sexualidad, que le ponen el cuerpo a una disputa política y cultural que las repele, no son nada más ni nada menos que trabajadoras, jefas de hogar, estudiantes, militantes, habitantes de la ciudad. En fin, mujeres ciudadanas, sujetas políticas.

LA HISTORIA DE LA MALA VÍCTIMA

Era darles la plata o chuparles la pija. Así nomás se lo dijeron. Cayeron los dos juntos, como solían hacerlo, pero a estos no los conocía. Debían ser nuevos en la seccional o quizás era la primera vez que se tentaban con la gallina de los huevos de oro: pedirles coimas a las putas del Camino de Cintura. Pero estaban a fin de mes, los clientes andaban re secos y la oferta era mucha. Luna no tenía un peso y nadie más que ella le iba a dar de comer a su familia.

Pelo teñido varias veces de un color rojo fantasía sobre una base morocha, voz fuerte y la risa fácil de quien jode hasta con su muerte: una piba de barrio de zona sur del conurbano bonaerense. Luna es, como otras trabajadoras sexuales, jefa de hogar. Tiene a cargo a su hijo, menor de edad, a su padre discapacitado y también a su abuela, que toda su vida fue ama de casa en Paraguay y carece de jubilación, pensión ni ningún tipo de ingreso.

Esa noche, como todas, Luna salió a trabajar. No había visto llegar al patrullero porque estaba sola, mirando su celular, preocupada por una chica que aún no había regresado de

su último turno. Preguntaba si alguien sabía algo en el grupo de WhatsApp de las compañeras de calle cuando dos uniformados estacionaron y se pararon frente a ella.

— ¿Vos qué hacés acá?

No tenía ganas de bancarse a la yuta: se había puesto zapatillas como siempre para correr en cuanto los viera porque si te agarran, chau. Pero no los vio hasta que ya estaban ahí. Se hizo la boluda, poniendo la voz de buena que usaba con los clientes para ver si le pagaban un poco más:

—Laburo. ¿Ustedes?

—No se puede trabajar acá.

—No estoy haciendo nada malo.

—Pero no se puede.

Ella los miraba de reojo, para que no dijeran que se hacía la mala y se la llevaran por resistencia a la autoridad. No eran muy diferentes a los pibes del barrio, incluso podrían ser sus vecinos. Uno solo hablaba, el más grandote, mientras

que el otro ponía esa sonrisa de los que saben que tienen todo bajo su control. Hasta que interrumpió al primero:

—Mirá, nosotros te dejamos laburar pero tenés que gatillar, hoy son ochocientos pesos.

Prefería darles la plata que tener que cogérselos, pero Luna, que realmente aún no había enganchado ningún cliente, no le quedó otra que irse con los policías un poco más adelante, al costado de la entrada de un local cerrado sumido en la oscuridad. Sabía que si la llevaban detenida de todas formas podían hacer lo que quisieran.

*Es que cerca de mi casa vive una piba
que por cinco mangos te chupa la pinga,
yo la conozco desde muy pendeja,
por eso no me cobra si quiero tocar sus tetas.*

Intoxicados – Una vela

La Ruta Provincial N°4 es un camino que se extiende de norte a sur del Gran Buenos Aires, desde San Isidro hasta Florencio Varela. El tramo que recorre los partidos de Lomas de Zamora y Esteban Echeverría es conocido como

Camino de Cintura: nido de baches, escenario de choques fatales, delitos varios (*rankeando* los asesinatos y robos a mano armada) y oficina de prostitutas cis y trans, argentinas y migrantes.

El paisaje es monótono durante kilómetros: fábricas, talleres mecánicos con distintas especializaciones, parrillas al paso, paradas de camiones, estaciones de servicio y una gran cantidad de hoteles alojamiento para elegir porque, donde hay un nicho, hay una oportunidad. El equivalente a poner un maxikiosco en la puerta de una escuela, plata segura.

La rotonda de Lavallol es el epicentro de actividad, donde todas las trabajadoras sexuales se reúnen para ofrecer sus servicios. Eso supone menos clientes por la cantidad de chicas pero mayor seguridad, pues estar sola significa ser vulnerable. Más que en una esquina, sobre todo en esa ruta de zona fabril en la que no circula ninguna persona que no quiera ser robada a punta de la faca de un paquero.

Luna vive en Luis Guillón, ahí nomás de su lugar de trabajo. El lugar es *heavy* como ella dice, te pueden robar, violar, matar... es la ruleta rusa para quienes se mueven por ahí.

— ¿No te da miedo?

—Sí, pero no queda otra. Nos ponemos juntas con mis compañeras y cada una mira para un lado distinto, muchas veces nos robaron, nos golpearon... También lo hacemos para correr de la yuta. Cuando levantaron a todas y a vos no, te quedás temblando de miedo.

— ¿Y con los clientes?

—No es como con los privados, que hablás antes con el chabón, tenés la foto al menos, o un número para avisar con quién estás... acá te levanta un loquito y no volvés más, no la contás. Nunca sabés lo que te va a pasar. Podés no volver, ya pasó.

Y esa noche Luna no volvió a su casa. La mañana siguiente tampoco.

Mar del Plata es una ciudad cuyo conservadurismo general se puede ver en postales como la represión en la marcha final del 30° Encuentro Nacional de Mujeres en 2015, los diversos ataques físicos y simbólicos a personas de la comunidad LGBTTIQA y los grupos de neonazis confesos que conviven en armonía con los lobos marinos, los teatros y el mar.

Dentro de ese contexto la zona roja de “La Feliz” es sede principal de venta de droga, robos, asesinatos y coimas. Los grandes operativos anti trata, unidos casi siempre a los antinarcóticos, son moneda corriente allí y en los distintos privados.

El 12 julio de 2017 la Policía Federal realizó un allanamiento en un departamento ubicado en la intersección de Italia y Tres de Febrero, a metros de la terminal de micros de larga distancia, en pleno centro. En ese lugar rescataron a cinco mujeres víctimas de trata, delito por el cual detuvieron a un hombre y a una mujer.

Los medios se encargaron de difundir el informe de la heroica actuación de los uniformados que, como debían,

dejaron incomunicadxs a lxs culpables. Una de esas noticias que festejamos cuando lo vemos por televisión, en Facebook o en los diarios. El problema es que no era una red de trata.

María Laura es trabajadora sexual hace varios años. Siempre lo hizo de forma autónoma. No quería exponerse a lo que supone pararse en una esquina así que, junto con sus compañeras, decidió formar una cooperativa (en espíritu, ya que no podrían hacerla legal) y alquilar juntas un departamento en donde atender.

Llevaban aproximadamente un año allí. A veces se manejaban con horarios rotativos para no estar todas a la vez pero algunas noches resultaba imposible durante la hora pico y porque la situación no está para rechazar trabajo.

Ese 12 de julio de 2017 las seis esperaban que se hiciera la hora para recibir a sus respectivos clientes. Llegó el primero, Mario, una ex pareja de María Laura que no la había podido superar y encontró en pagarle una forma de seguir viéndola aunque sea por una hora por mes y fingir que aún eran algo.

Volvió a sonar el portero y ella, que estaba más cerca de la puerta, atendió:

—Hola, ¿sí?

—Policía Federal, tenemos una orden de allanamiento.

— ¿Orden de allanamiento?— el corazón decidió escalarle hasta la garganta y el espíritu desmayarse hasta debajo de sus pies.

—Sí, y si no abre en cinco minutos vamos a entrar igual.

Decidió bajar mientras el resto de las chicas, preocupadas, se quedaron arriba y Mario intentaba calmarlas.

El nombre de María Laura -puesto con su puño y letra- fue firmar su propia sentencia. Eso, sumado a ser la mayor del grupo, la señalaba como la *madama*, la persona que regenteaba mujeres para su explotación sexual. La separaron y se la llevaron detenida mientras las demás eran trasladadas al juzgado federal para declarar. Secuestraron todo el dinero que había en el departamento, sus celulares (una de las principales herramientas de trabajo) y las llaves del inmueble. No les permitieron guardar nada.

Algunas de las chicas tenían poca ropa y así las sacaron del lugar y las alinearon como si hubiesen cometido un delito. Estaban preocupadas porque sabían que eso significaba quedarse en la calle, sin trabajo, sin dinero y sin poder sustentar a sus familias.

— ¿Quién es tu proxeneta? — preguntó una de las psicólogas del equipo profesional del Programa Nacional de Rescate y Acompañamiento a Víctimas por el Delito de Trata de Personas.

—No tengo proxeneta, soy independiente. Somos una cooperativa.

— ¿Eso te pidieron que nos digas?

— ¿Quiénes?

—Tus tratantes.

— ¡No tengo tratantes! Lo hago porque quiero, en el departamento solo compartimos los gastos, no tengo que dejar un porcentaje ni nada. Armamos el grupo entre nosotras.

—Si nos decís quién de todos es el que las tiene así amenazadas te dejamos ir tranquila, no vas a tener ningún problema.

Las chicas dijeron una y otra vez en la declaración que ellas no eran víctimas. “Están confundidas, es el shock” fue la respuesta que tuvieron, junto con una sonrisa condescendiente.

—Cualquier cosita que necesiten, nos llaman— dijeron las psicólogas acercándoles su tarjeta personal a las “víctimas” y dejándolas en la calle con una bolsa de alimentos como toda ayuda.

Después del “encuentro” con la policía Luna decidió guardar su celular, llaves y la poca plata que tenía: cuando las detienen les incautan toda pertenencia de valor. Temía que algún otro patrullero anduviese dando vueltas y no corriese la misma suerte que había tenido antes. Y no se equivocó.

Horas después llegaron varios policías más para llevarse a todas las prostitutas de la rotonda de Lavallol. Iban por las buenas o por las malas, eso ya lo tenía claro, así que Luna se decidió por las buenas.

La llevaron a la comisaría. Miró para todos lados buscando a los que la habían parado más temprano pero como supo después no estaban ni iban a estar. Eran de otra seccional. Quien sí estaba era el comisario que les pedía coimas.



Lo que pasaba adentro ya lo sabían. Las requisaban, les sacaban las cosas, las mantenían encerradas y hacinadas sin agua ni comida y los policías se divertían tratando con pronombres masculinos a las chicas trans detenidas. Ya que estaban, obligaron a una de ellas a limpiar toda la comisaría.

No les dejaron hacer ningún llamado telefónico y como el celular de Luna estaba guardado en la estación de servicio (de otra forma estaría en la mano de algún policía) permaneció incomunicada más de doce horas. Recién al otro día por la tarde la hicieron firmar un papel en el que constaban sus datos, el día de liberación (“provisoria”, decía) y el motivo de la detención: vestimenta inadecuada.

Luna usaba una calza, remera y zapatillas.

ARTICULO 21. — *Sustitúyese el artículo 125 bis del Código Penal por el siguiente:*

Artículo 125 bis: El que promoviere o facilitare la prostitución de una persona será penado con prisión de cuatro (4) a seis (6) años de prisión, aunque mediere el consentimiento de la víctima.

Ley 26842

María Laura, al igual que Luna, es una mala víctima que se define por oposición: la “buena víctima” es la mujer blanca de clase media o alta, “inocente”, excelente hija, madre, esposa, etcétera, que, en los medios y en la vida, doña Rosa sale a llorar porque “pobrecita, tan linda, alumna ejemplar,

iba a misa todos los domingos, ¡No se lo merecía!”. Porque si sos negra, villera, pobre, puta, no trabajás ni estudiás, cagate: todos sabían que ibas a terminar así, no se esperaba mucho más de vos.

No entrar en los cánones de la buena víctima y, por el contrario, caer justito en los de la mala, te vuelve automáticamente responsable de todo lo que pueda pasarte: te señala con el dedo acusatorio que inscribe en esa categoría. Ser puta y reconocerse como tal es tener todos los números en el sorteo en el que ser culpable es el premio máximo.

El Programa de Rescate a las Víctimas de Trata afirma que desde la sanción de la ley en el año 2008 se liberaron más de diez mil mujeres en esa situación. Dentro de este número, más de siete mil corresponden al delito de explotación sexual. Según Zaida Gatti, la titular del programa, solo el 2% de esta última cifra considera que sufrió este delito: las compañeras de María Laura entrarían en el 98% de las que están registradas como rescatadas pero que no “se reconocen como víctimas”.

Y las que no lo hacen a tiempo, son responsables: casi la mitad de las personas condenadas por el delito de trata son mujeres. En muchos casos, como el de María Laura, son trabajadoras sexuales autónomas criminalizadas y en otros, mujeres que fueron secuestradas por redes de trata y que veían el “ascenso” (empezar a reclutar o convertirse en la madama) como única forma de salir del calvario, aún cuando la ley dice protegerlas en estos casos pero-solo es una forma más evolucionada y subrepticia de sufrimiento, coronada con la infamia de la condena judicial.

La modificación de la ley en 2012 eliminó toda posibilidad de consentimiento al igualar la trata con el trabajo sexual, empujó a las putas hacia una mayor clandestinidad y las puso en el casillero de víctimas. O de victimarias en caso de ser la mayor de un grupo que trabaja en un departamento.

Además, se complementa con la figura del “facilitador” que abarca muchas posibilidades: quien alquiló el departamento, lxs dueñxs y empleadxs de los hoteles alojamientos, clientes y todxs lxs que se relacionen con una trabajadora sexual autónoma.

Un grupo de mujeres se movilizó a Tribunales para pedir la inmediata liberación de María Laura luego del allanamiento. La encabezaron quienes trabajaban junto a ella, otra vez, negándose a aceptar el papel de víctimas que les habían asignado.

— ¡Dejen laburar! ¡Queremos trabajar!

— ¡Siempre con las putas, nunca con la yuta!

A la fecha, María Laura permanece detenida.

En unas horas Luna tiene que salir a trabajar. Está tirada en la cama, apuntando a la tele con el control, sin buscar nada en particular. Es sábado por la tarde, momento del *Cine Shampoo*, cuando los canales de aire pasan esas películas que todos vieron al menos mil veces pero que, por alguna razón, van a ver mil veces más. El *zapping* se detiene en canal 13: están dando *Pretty Woman*, la historia de la prostituta con corazón de oro. En la pantalla Julia Roberts es Vivian, la protagonista, que sube el cierre de unas botas de taco aguja que escalan por sus piernas largas hasta

taparle las rodillas: esas botas a las que pocxs se animan porque parecen de puta. La película, al igual que la historia de Cenicienta, nos enseña que aunque todo vaya mal siempre hay que esperar al hombre que nos rescate y nos ame sobre todas las cosas (y de paso que esté forrado en guita) incluso por sobre nuestra putez, pero ojo, siempre que la dejemos en el pasado.

Luna mira la escena riéndose y apaga el televisor mientras se pone las zapatillas deportivas, una calza y una remera para salir a *yirar*. Sabe que nadie la va a salvar y que cuando hay que correr de la gorra los zapatos altos son los primeros enemigos. La realidad, todos los días, supera a la ficción.

—Y si a mí me preguntan quién es mi proxeneta, yo les contesto “es la Policía”.

LA PUTA MADRE

—Nadie cae de *cheto* en una esquina por primera vez, si estás ahí es porque ya pasaste varias— dice Norma con tono imponente, mientras se frota las manos enérgicamente.

Tiene cincuenta y cinco años y lleva unos treinta como trabajadora sexual. Empezaba la década del neoliberalismo en la Argentina y la sociedad atravesaba un cambio del que no había podido prever las consecuencias. Así, en los 90, Norma comenzó a hacer calle a los 28 después de haber pasado por cabarets y departamentos privados. Su parada para *yirar*, como la llama, está en 1 y 63, corazón de la zona roja de la ciudad que la vio nacer.

No pasa el metro sesenta, usa el pelo cortito y bien negro que distingue resalta su tez blanquísima. Las manos cubiertas de anillos grandes no descansan porque el celular está a punto de explotar por los cientos de mensajes recibidos. La pulserita de goma de su amado Gimnasia y Esgrima desentona con la *bijouterie*.

—Yo las entiendo a las chicas cuando tienen que salir a pararse en una esquina, tienen miedo, obvio. Cuando para algún auto les digo que es de confianza o que lo conozco y me gritan ‘¡No, ni loca!’

Los años hacen a la experiencia y ella lo sabe. No solo es puta, también cuenta dos décadas como militante y acompaña a las mujeres que tienen parada en las veredas platenses y, por ende, desde entonces también pelea contra la policía y sus métodos.

Una noche noventosa, Norma estaba en la esquina de siempre a la espera de que los autos se acercaran, aunque sea a preguntar precios. Pero el que paró fue un patrullero; vio venir las luces azules y las piernas le temblaron.

La llevaron a “la femenina”, como le dice a la Comisaría de la Mujer, por averiguación de antecedentes. Esta sería la primera de varias visitas a la delegación de 1 y 43. Sintió que el mundo se le venía abajo, pensó en su hija que en ese momento no tenía más de dos años y las lágrimas no tardaron en salir.

— ¿Por qué llorás vos? – le preguntó una interna.

— Y, porque caí...

— ¿Por qué caíste?

— Porque estaba laburando en la calle.

— Bueno, bueno, cortala porque vos mañana te vas y a mí me quedan cinco años acá adentro.

Desde ese día Norma nunca más lloró.

No deja las manos quietas ni por dos segundos y parece obligatorio tener algo para tocar: acomoda un diario, se pasa los dedos por el pelo, se aferra a la mesa, se masajea el cuello, acaricia la cadenita que tiene colgando.

Son las siete de la tarde y el sol empieza a caer en La Plata. Desde el ventanal del Servi Club del barrio El Mondongo donde lxs empleadxs la saludan con sonrisas, observa a sus compañeras que llegan y se ubican en la vereda de enfrente.

Tiene siete hijxs: cinco mujeres y dos varones; una de las chicas (la de 18 años) tiene un problema que parece ser grave pero Norma no quiere hablar de eso y dice que vino a

laburar un rato para escapar un poco de todo. Cada dificultad que involucre a sus chicos, como les llama, la pone mal y le afecta físicamente.

Y los problemas son varios cuando el número es grande y el sostén es único. Hay doce años de diferencia entre la hija mayor y la más chica. El combo familiar se completa con ocho nietxs.

—Mi hija más grande nació cuando yo tenía veintipico. Tardé mucho en quedar embarazada y cuando pasó los tuve a todos juntos.

Norma es jefa de hogar como la mayoría de las trabajadoras sexuales en la Argentina¹. Asegura que todxs dependen de ella y que la vida era un “mamá provee” constante.

—Estoy enferma de los pulmones y estuve bastante mal hace poco y ahí dijeron “uh, esta se caga muriendo y nosotros nos quedamos en bolas, así que empecemos a movernos” y ahora cada cual tiene sus recursos.

¹ Según la Asociación de Mujeres Meretrices de la Argentina el 89% de las trabajadoras sexuales en el país son madres.

Una noche de 2006 en El Dique, uno de los barrios más populares de Ensenada, ciudad separada de La Plata apenas por una avenida, Norma y su familia miraban la televisión durante la cena. El noticiero de canal Nueve en horario central lanzó la primicia de un “hospital para prostitutas”, en palabras del conductor, un periodista cuyo nombre no recuerda.

Fue esa noche que lxs más grandes del clan se enteraron de que la madre trabajaba como meretriz: apareció en primer plano del informe sobre el Centro de Salud Sandra Cabrera de 1 y 68 en el que Norma participó activamente para su construcción. El lema familiar funcionó y funciona cuando relaciona su trabajo y lo que piensan en su casa: “mientras que uno no moleste al otro puede hacer lo que quiera”.

En la escuela donde sus hijxs fueron siempre doble jornada - y en la que estudia la más chica, que está en cuarto año del secundario- todxs saben a qué se dedica Norma; se enteraron hace muchísimo, por casualidad, que ella formaba parte de la Asociación de Mujeres Meretrices de la Argentina.



Sintió que todos los ojos estaban encima y que las consecuencias de su trabajo las sufrirían sus hijos, que en ese momento ignoraban lo que hacía para vivir. No supo qué decir y le salió pedir perdón a las autoridades del colegio.

—Pero ¿por qué te disculpas?— le contestó una maestra —si son tus chicos los que nunca faltan, los que vienen hasta en remís cuando llueve, los que llegan calentitos a la escuela...

En ese momento le pareció que se prendía fuego por la vergüenza. Pero el estigma no tuvo peso: desde la escuela siempre la acompañaron.

Las chicas que están sobre “la uno” acuden a ella cuando tienen un problema de cualquier tipo, sea con la policía o con la familia. Todas en la zona la conocen, hasta las más nuevas. Norma asume el papel de madre-protectora y lo lleva más allá de su familia.

Recuerda que cuando sus compañeras eran jóvenes y querían salir a bailar o tenían algo que hacer ella cuidaba a

lxs hijxs pequeñxs; si había problemas con los maridos y las echaban a la calle, la casa de Norma en El Dique funcionaba como parada.

Además, trata de aconsejar a las chicas para que se hagan los controles médicos, así como lo hace con sus cinco hijas. Pero con sus compañeras es más complejo porque los espacios de salud no las tratan como a cualquier otra trabajadora.

Por eso se dedicó de lleno a la construcción del Centro Sandra Cabrera, donde las putas iban a recibir atención médica sin ser juzgadas por su trabajo. Cada vez que lo nombra (y recuerda el tiempo, la energía y la vida que le dedicó) un nudo se le formara en la garganta; habla con nostalgia de lo que fue, del objetivo con el que lo crearon y se enoja al ver que hoy no quedan ni los rastros de aquella idea original.

Es consciente de que faltan información y educación y que ella sola no puede. De hecho no pudo y por eso dejó la militancia oficial por un tiempo. Recuerda y remarca que la situación la superó porque era una para todxs.

Especialmente tiene presente el caso de una chica que venía de Paraguay con un problema en el útero y la convenció para que se hiciera un estudio.

—Hola, ¿cómo estás Jenny? ¿Cómo seguís? –saludó Norma.

— ¡Hola, amor! Mañana tengo turno para hacerme un PAP² –respondió relajada.

— ¡¿Y qué hacés acá?! No podés trabajar hoy si mañana te tenés que hacer el PAP –gritó Norma en plena avenida. Nadie le había hablado de las condiciones previas - fundamentales- al chequeo.

Algo similar le pasó cuando acompañó a otra de las chicas que estaba muy dolorida. Norma era el apoyo emocional en ese momento y además sabía que la iban a tratar mal si iba sola; estaban acostumbradas a que en el Policlínico las despreciaran por su trabajo.

—Le dieron el alta y se fue esa misma noche después de que le hicieran las curaciones– recuerda en una conferencia ante los ojos asombrados de los oyentes–, pero ella seguía

² Se conoce como PAP al estudio ginecológico de Papanicolaou que se realiza para detectar cáncer de útero.

sintiéndose muy mal. Resulta que la habían curado ;con las medias de nylon puestas! Era una locura, se había infectado...

Los recuerdos se mezclan y cuesta distinguir si el relato es de hace quince años o pasó ayer. Para las mujeres que trabajan en las calles de La Plata el tiempo avanza pero todo sigue igual. Norma confía en que ahora, que están armando la organización de nuevo después de la disolución hace casi una década, la situación puede cambiar.

Vuelve cada día a la esquina de siempre, frente a la estación de servicio, apoya la espalda contra la pared de la verdulería y se presenta:

–Mi nombre es Norma: de puta, de civil, de militante y de madre.

*Somos mujeres de carne y hueso,
tenemos esto, tenemos eso.
Tenemos ganas entre otras cosas
de mantener nuestra dignidad.*

Liliana Felipe – No nos van a centavear

Entre finales de los 90 y principios del nuevo siglo Ana frecuentó los boliches de moda de Recoleta. Era una de las trabajadoras sexuales que hacía buena plata en ese momento en el que ningún otro empleo le permitiría cubrir sus gastos. Pero laburar tranquila duró poco.

—Me decían que no podía hacer eso, que no era para mí, entonces dejé de lado lo que quería, me casé y tuve hijxs como Dios y la sociedad mandan— dice con ironía mientras mira el techo, levanta las manos con énfasis y completa entre risas —Y, al final, el matrimonio era lo mismo que la prostitución pero con un solo cliente fijo... ¡Y ni siquiera podía poner las condiciones!

Fueron trece años de vida doméstica y familiar en los que nunca dejó de pensar en lo que realmente le gustaba: ganar plata siendo puta. Llegó el fin del matrimonio y decidió volver sobre lo que había dejado en pausa pero se encontró con el cambio de época: los boliches de entonces ya no estaban abiertos, las reglas habían cambiado y los problemas con la policía eran cada vez mayores. *Aggiornada*

a los nuevos tiempos, comenzó a trabajar y contactar a los clientes por Internet.

Sus hijxs no supieron sobre el trabajo hasta que encontró el modo de confesarlo como si se tratara de un crimen, después de compartir sus dudas con otras compañeras que también eran madres.

—Lo fui hablando como si no se tratara de mi trabajo, contándoles que había mujeres que hacían esto y que era una actividad como cualquiera. Así lo fuimos naturalizando hasta que les dije y lo tomaron como algo más.

Ana no dice su edad y es realmente difícil adivinarla, solo se limita a aclarar que ella es “una chica grande”. Tiene el cuerpo cubierto por tatuajes y el pelo rubio con un lateral rapado completa el *look* de rebelde.

— ¿No te daba algo de miedo un posible rechazo?

—La verdad que no, yo ya había hecho durante muchos años lo que los demás esperaban de mí y no me iba a permitir caer en lo mismo otra vez. Por suerte mis hijxs entendieron todo y apoyan la causa.

Hay una construcción social y cultural que dice que las mujeres debemos procrear y que hay un supuesto instinto maternal en todas nosotras por el solo hecho de poseer útero y capacidad de gestar. He aquí uno de los grandes combates de las organizaciones de mujeres: luchar contra el modelo de maternidad establecido.

Este estereotipo divide a las mujeres entre buenas y malas madres. Las primeras, aquellas que tienen la obligación de criar niños y dejarlo todo por ellos y el modelo heteronormado de la familia. Las otras son las rebeldes, las indignas, las putas.

Ser madre y trabajadora sexual en esta parte del mundo es enfrentarse a toda la norma. La mujer que comercializa con su sexualidad, que decide hacerlo como medio de vida y que además es jefa de hogar rompe con el modelo de lo que una mayoría conservadora espera que suceda.

A mediados de 2017 se estrenó Alanís, una película cuya protagonista es una prostituta autónoma que tiene un hijo

pequeño y se enfrenta a la violencia institucional y social que atenta sobre ella y sus compañeras.

La salida a la luz del film despertó todo tipo de opiniones sobre el trabajo sexual y, en especial, se puso el foco sobre el rol materno de las meretrices, incluso hubo quienes proponían quitarles a lxs hijxs. En un contexto en el que la lucha feminista tomó un rumbo mediático (a veces bueno, a veces no tanto), que se hable de trabajo sexual en el *prime time* de nuestra TV dinosaurio fue rescatado por las activistas pro sex como un logro insospechado.

Sí, las prostitutas tienen hijxs. Y en un altísimo porcentaje, son ellas las que sostienen económicamente sus hogares y las que llevan la familia a cuestas. Estos casos son solo algunos ejemplos de los miles que encontramos en cada calle, en cada bar, en cada casa de citas.

Dentro del amplio grupo de meretrices autónomas (como dentro de todos los rubros de trabajadorxs) hay diferentes tipos de maternidades: las que la disfrutan, las que no, las que tienen muchxs hijxs, las que tienen pocxs, las que

abortaron una, dos, tres veces, y podemos seguir infinitamente.

Y si no son madres se les endilgan hijxs ajenos, lxs peores, lxs responsables de la miseria popular; entonces todas están de acuerdo en asegurar, a viva voz: “Las putas no parimos la mierda que gobierna”.

LAS PUTAS LIBRES

—Hago esto por el mismo motivo que lo hacen todxs: por dinero— dice Wara mientras calienta la pava para el mate en su departamento del barrio La Loma de la ciudad de La Plata. Tiene 24 años y es trabajadora sexual desde finales de 2015.

—Básicamente, arranqué cuando asumí Macri— recuerda entre risas.

Desde su llegada a las diagonales para estudiar Bellas Artes en 2012 fue camarera, empleada doméstica, niñera y ayudante de cocina. En todos los rubros encontró un punto común: la explotación patronal y la falta de tiempo para completar la carrera universitaria que había comenzado.

Wara ceba mates amargos sentada en una de las sillas de su comedor. La pared se ve llena de dibujos que están a la venta: una mujer (arrugada, maquillada, con pasamontañas y collar de púas, cubierta de tatuajes, con fondo rosa brillante) y un gordito de espaldas (que parece mirar el horizonte de pie y desnudo sobre una gran torta cubierta

de crema) son los más llamativos. Todos firmados con su pseudónimo: Quilla.

Además de puta es artista. Para que esa identidad se marque a fuego hizo una combinación de las dos. El mural de la esquina de 1 y 58 que reza “trabajamos, existimos, resistimos” sobre el dibujo de un trío de trabajadoras sexuales es de su autoría.

De Plaza Matheu a la Estación de trenes de La Plata hay veintidós cuadras de calles de adoquines. Ese trayecto compone una postal mítica con la primera caída del sol. Es la zona roja de la ciudad y desde hace varias décadas se mantiene firme como lugar de trabajo de mujeres, en su mayoría, trans.

Es viernes a la noche, hace frío y ellas parecen no sentirlo o, por lo menos, no lo demuestran. Los escotes pronunciados y las micro polleras están de moda para las trabajadoras sexuales que hacen equilibrio sobre *stiletto*s de veinte centímetros que, junto a las baldosas flojas de las veredas, son verdaderas trampas mortales.

Comienza el fin de semana pero no son muchas en las esquinas, imagen que asombra, pues en general no hay menos de cinco por cuadra. Sharon -rubia, alta- afirma, con la tonada dulce de lxs paraguayxs, que están muy controladas.

—Para la Policía, donde hay gato hay venta— dice y se peina con los dedos el pelo lacio hasta la cintura —No viven solo de las coimas. Entonces la mayoría de las chicas se queda atendiendo en su departamento.

Efectivamente, a dos cuadras se vislumbra la luz azul del patrullero de la Comisaría novena acercándose a 1 y 65. La zona roja, además de espacio de trabajo para quienes ofrecen servicios sexuales, es ruta de droga por las madrugadas.

En medio de ese escenario está Wara, que reparte profilácticos a las que hacen esquina. Lleva un gorro de lana, campera, pantalones largos, bufanda, zapatillas y *brackets*, alejándose del estereotipo mediático que se tiene de las putas. Esa imagen que nos da la televisión y las películas de mujeres con cuerpos con una belleza hegemónica. Sus

colegas la miran desde arriba de sus tacos, sacándole una cabeza de alto. Sonríen: los preservativos siempre son bienvenidos.

—Vení, Lucy, vení ¿quierés forros gratis? Agarrá que están re caros— llama Jenny a su compañera.

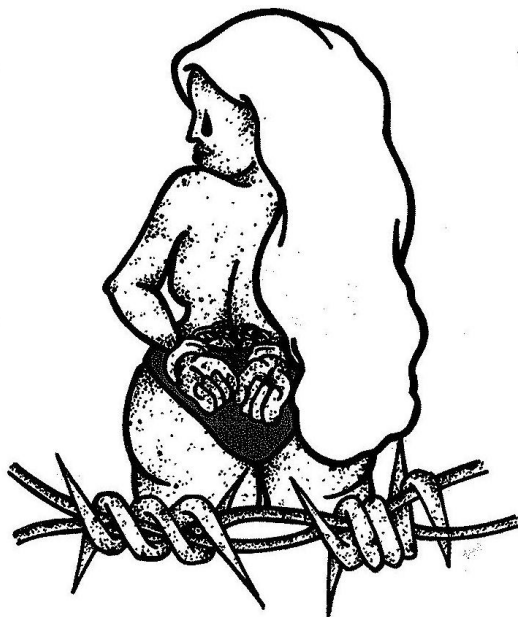
Ambas tienen las carteras más pequeñas que se puedan ver, del tamaño de una mano, pero hacen entrar allí todas las cosas que necesitan. Lucy usa unos tacos de color rojo, rosa y crema que parecen de diseñador y la forma en la que ella los luce y cómo camina podría ser la envidia de cualquier modelo de pasarela.

—No siempre conseguimos preservativos gratis, y los tenemos que comprar nosotras porque los clientes no traen. Y ahora salen un montón— nos dice Jenny. Wara les da algunos más, aprovechando que son pocas las que están en la calle.

—Gracias mi vida, ¡vuelvan más seguido! Nosotras siempre estamos acá—Las chicas de la esquina de diagonal 73 y 3 nos saludan y siguen buscando clientes.

Wara reconoce que hay diferencias entre esas mujeres expuestas a todo tipo de vulnerabilidad en la calle y ella, que trabaja puertas para adentro, que elige a sus clientes y que por hora se lleva no menos de mil pesos en el bolsillo.

— ¡Ay, mi amor, muchas gracias! Con esto estás salvando vidas— le dice a Wara, después de darle un beso que la llena de rouge, Cari, una travesti peruana que trabaja hace siete años en la esquina de 1 y 48. —A veces los clientes no quieren cuidarse y hasta nos pegan, pero tenemos que ponernos firmes y decirles que sin forro no hay servicio— aclara mientras se sienta a descansar en la parada del 214.



El tema de la salud es vital para las meretrices. Según un informe publicado por la Red de Mujeres Trabajadoras Sexuales de Latinoamérica y el Caribe (RedTraSex), ellas se atienden lejos de donde viven para evitar que en su casa o en su barrio se enteren que ejercen el trabajo sexual; otras optan por ir al médico fuera de la zona donde están para que en el servicio de salud no sepan a qué se dedican. Estas situaciones se dan, sobre todo, para las que ofrecen sus servicios en la vía pública.

Sea en la calle o en un departamento, hay momentos en que la relación con los clientes se vuelve tensa. Según Wara, ese es uno de los puntos negativos que tiene esta actividad. Sobre todo se da con el uso del preservativo.

—Se hacen los boludos con que no quieren usarlo o se lo quieren sacar y es un bajón tener que estar pendiente de eso— dice con resignación mientras niega con la cabeza — A mí no, pero le ha pasado a compañeras que el tipo se sacaba el forro en pleno acto.

— ¿Y qué hacen las chicas?

— Y, se toman ese cóctel de pastillas³, pero es horrible.

Antes de acostarme con quien me hable del mañana,

Prefiero joder con ejecutivos.

Que te dan la pasta y luego vas al olvido.

Las Vulpess – Me gusta ser una zorra

Es domingo al mediodía, el sol asoma tenue entre unas nubes poderosas y el viento hace trampa a polleras y vestidos en las esquinas porteñas. Llegamos a un restaurante vegetariano - vegano. Nina no come carne ni ningún derivado de animales hace varios años.

Como Wara, Nina también es trabajadora sexual y militante por los derechos laborales de las putas. Las dos son portadoras de una sensualidad atrapante que tiene origen, tal vez, en sus *looks*, sus modos de hablar o una combinación de todo. Está maquillada-con tonos fuertes y ropa oscura, los borcegos negros cierran el *outfit* del día.

³ Se trata de la profilaxis post exposición: es una combinación de tres o más medicamentos antiretrovirales que se comienzan a tomar inmediatamente después de una relación sexual de riesgo, tratamiento que dura un mes.

—Hoy me contrató un cliente para almorzar, pero igual no importa, almorzaré dos veces— dice entre risas.

Nina tiene el pelo azul, mañana rosa y la semana siguiente el flequillo será verde. Se promociona por las redes sociales. Wara también. Pertenecen a la generación que nació en la era de Internet y conocen de memoria cómo funciona ese mundo. Saben que dejar de publicitarse es perder dinero. La autogestión es un duro camino con la ventaja de no tener otrx jefx más que unx mismx.

— Con este laburo decido yo cuándo trabajo y cuándo no— remarca Nina con firmeza, exagerando el gesto con las manos tensas sobre la mesa — si sé que la semana que viene me voy a indisponer o tengo que estudiar para los parciales, trabajo los días previos y listo.

Nos cuenta que sus clientes van desde el que vive en zona norte en un barco y que tiene tanta plata como para pagarle por un almuerzo, hasta el que vive en la villa y que junta todo el mes, peso por peso, para contratar sus servicios. Les cobra lo mismo a los dos.

— Cualquier persona, tenga el cuerpo que tenga, del rango etario que sea, puede ejercerlo porque siempre hay alguien que va a pagar. Ellos son iguales, hay diversidad por ambos lados. Ahora me viene a buscar un cliente que está al pedo un domingo, viene desde San Isidro, él vive en un barco, toda la papota. Dice, “me voy a ir hasta San Telmo a invitarte a comer”.

Nina también tenía un cliente de cuando vivía en Lugano que era de la villa y le cobraba igual. Lo vio unas tres veces; él juntaba lo que ganaba en el mes para contratarla. Si bien hay clientes de una sola vez, después está el que se siente cómodo y vuelve. Para ella, esa es la idea: que vuelvan.

—Cuando yo empecé a trabajar, una chica en promedio cobraba 800 la hora, ahora ya aumentamos todas, obviamente. Una más hegemónica cobra más. Están las que trabajan en la calle en Constitución y las que son re modelitos que les gatillan tres o cuatro lucas la hora. Yo no cobro eso, ya quisiera, pero así también hay muchos más clientes.

— ¿Cómo seleccionas a los clientes?

— Me fijo que sean educados, que sean gente con criterio, que no me venga ningún loco, ningún sorete...

— ¿Y cómo sabés eso?

— Te das cuenta por cómo te hablan, yo les saco la ficha al toque.

Hace un tiempo, Nina recibió un mensaje privado por Instagram: era la ex novia de un cliente. Ella quería saber con quién había estado él luego de terminar la relación. Cuando se dio cuenta que era trabajadora sexual, la chica comenzó a insultarla y en ese momento, Nina la bloqueó.

— En vez de seguirla conmigo, la mina, que es policía, buscó mis datos, los de mi vieja, se contactó con ella y le contó. Mi mamá me llamó porque no entendía nada.

Lo que le había llegado a la mamá de Nina por Facebook era un mensaje donde la chica le contaba que su hija era “prostituta” y que le parecía “que ese no era el camino”.

— Hasta le pasó mi Tumblr, yo creo que mi vieja no abrió el link, pero borré el mensaje, la bloqueé de Facebook y a mi mamá se lo desmentí, no estaba preparada para enterarse.

Lo que más sufre es el acoso, pero, según aclaró, no de hombres o de clientes, sino de otras mujeres. Las situaciones de burla o persecución hicieron que abandonara Facebook como herramienta de trabajo por la cantidad de veces que cerraron su cuenta luego de ser denunciada.

Si bien Nina no tiene que enfrentarse a las coimas que le pide la Policía a quienes trabajan en la calle, a los arrestos arbitrarios o al allanamiento de su casa, no puede escapar a las formas de violencia simbólica heredadas de la sociedad patriarcal en la que vivimos. Su mamá, en un momento de inestabilidad laboral, le dijo: “vos podés hacer lo que quieras, mientras no seas chorra o puta...”. Entre risas, encogiendo los hombros ella aclara:

— Bueno, mamá, chorra no voy a ser. Por ahora.

Tanto Wara como Nina coinciden en que el mercado sexual cada vez es más amplio.

— Hay chicas que lo consideran como una opción no solo por este debate que estamos dando sino porque también nos estamos cagando de hambre. Realmente está difícil la cosa. Ya lo había considerado antes, yo laburaba en un boliche de *strippers* de camarera, estaban prohibidos los servicios sexuales pero siempre te ofrecían— recuerda Nina.

— Tampoco es un laburo para todo el mundo, porque te deja buena guita, manejas tus horarios, pero hay personas que realmente no pueden vincularse sexualmente con cualquier otra dice Wara.

Si bien nació bajo ese esquema que permite al hombre usar el cuerpo de una mujer durante un periodo de tiempo a cambio de dinero, los movimientos de trabajadorxs sexuales de la Argentina y América Latina quieren dar la vuelta a esa ecuación y lo plantean como la labor que ejerce una mujer empoderada que decide cómo, cuándo, cuánto y de qué manera expondrá su sexualidad.

La modalidad de trabajo es muy personal de cada una. A las que hacen calle les cuesta pasar por las redes sociales y las de Internet nunca se pararían en una esquina. Norma la conoce a Wara desde que ella empezó a trabajar, y un día le pidió que le abriera un Facebook.

—Le pedí que ponga mi foto porque yo quiero que sepan con quién se van a encontrar. Me llegaban mensajes de tipos antes de despertarme, ¿quién tiene ganas de encamarse a las siete de la mañana?! Agarré y le dije a Wara ¿pero vos nena estás segura que pusiste mi foto? Al otro día cerré el perfil a la mierda, ¡a mí que me vengán a buscar a la esquina!

Más allá de la brecha generacional, las putas enfrentan los mismos problemas tengan veinticinco o sesenta años. La estigmatización, la falta de reconocimiento, la clandestinidad, ser tratadas como víctimas o victimarias y el enfrentamiento con la Policía son situaciones que las hermanan pese a las diferencias. Y superarlas las empodera.

EPÍLOGO

LA FIESTA DE LA PUTA CONFESA

—Nunca cogí tan rico como desde que soy prostituta.

Sentada en el piso, en el centro de un aula en el subsuelo de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Rosario, una chica joven -de no más de 25 años- le contestaba, desafiante, a otra que había dicho que las putas no pueden sentir placer en el sexo. La tonada la delataba: cordobesa. Era la primera vez que iba a un Encuentro Nacional de Mujeres y se había decidido por el taller de Mujeres y Trabajo Sexual.

Como ella había muchas que por primera vez se animaban a decir en público “yo soy trabajadora sexual”. Algunas no se lo habían mencionado a nadie más y sus amigas se estaban enterando en ese momento. La sororidad se respiraba en el aire y eso les daba el último empujón que necesitaban.

El lugar no tenía ventanas y los ventiladores se apagaron para que las aspas no taparan las voces: alrededor de cien mujeres compartían un espacio con la mitad de capacidad y

el cartel de “lleno” estaba colgado casi desde el principio en la puerta; sin embargo, siguieron entrando y muchas otras se apiñaban en la entrada tratando de escuchar lo que se decía. Nadie quería perderse ese momento.

Después de trece años las putas por fin volvieron al Encuentro con un taller propio. Antes habían intentado participar asistiendo al de “Mujeres y Trabajo” pero, si bien encontraban varias problemáticas en común por pertenecer a la misma clase, muchas otras eran muy distintas porque su actividad se encuentra en un marco de ilegalidad. También asistieron a los de “Mujeres en situación de prostitución”, pero se sintieron menos representadas ante la postura abolicionista.

Necesitaban encontrarse de verdad con compañeras de otras provincias, intercambiar sus opiniones, ver qué problemas compartían, cuáles eran las particulares de cada lugar, qué podían hacer unas por las otras. Un fuero en el que el debate no se estancara en que en si es trabajo o no es trabajo o qué diferencias hay con la trata, discusiones

que se asemejan a callejones sin salida y ya saldadas que no representan aportes concretos para lo que ellas reclaman.

En 2016 las redes sociales fueron la previa de lo que iba a producirse en el Encuentro: muchas personas comenzaron a hablar del tema en Facebook, en Twitter, en Instagram. La postura en contra de la prostitución era la más fuerte hasta ese momento, pero se empezaba a vislumbrar también la que estaba a favor. Y eso se reflejó en Rosario: se esperaban alrededor de 150 asistentes a los talleres en las tres aulas que se habían asignado originalmente. Terminaron siendo más de 700, en seis aulas y la mitad del patio.

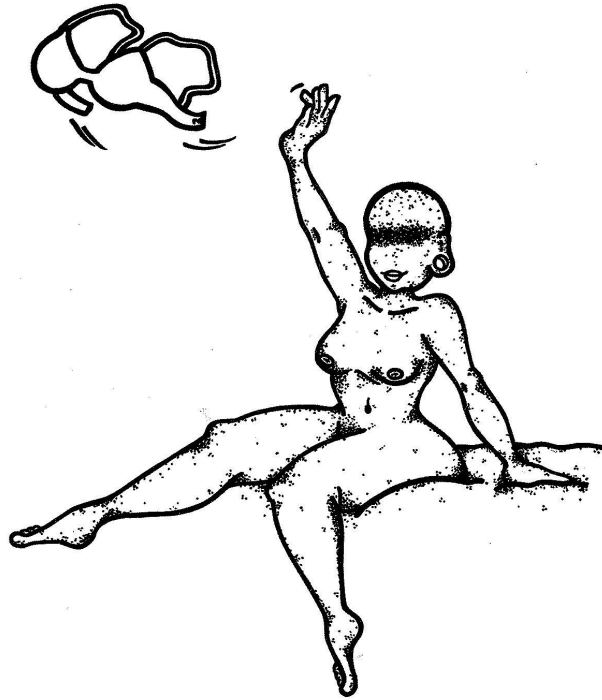
En el año 2003 se había hecho por última vez un taller de trabajo sexual, también en Rosario. Los temas que se trataron allí siguen en la agenda: discriminación y violencia policial e institucional, organización sindical, cuidado de la salud y prevención de las enfermedades de transmisión sexual, familia y maternidad. Las putas asistieron coordinadas por Sandra Cabrera, quien vivía en la ciudad.

Sandra era una referente para el movimiento, luchaba desde el sindicato por el reconocimiento de su personería por el Estado y la organización de una obra social. También presentó un proyecto para la derogación del Código de Faltas de la provincia de Santa Fe. Hacia fines de 2001, etapa más profunda de la crisis argentina, realizó la entrega de cajas de alimentos para sus compañeras. Trabajó, además, por la prevención de infección de VIH.

En esa época, en Rosario existía una división de la policía llamada Moralidad Pública que recaudaba el dinero de centros nocturnos donde explotaban sexualmente a menores en los alrededores de la Terminal de Ómnibus y extorsionaban a las trabajadoras sexuales en la calle, quienes tenían la obligación de pagarles por mes. Sandra Cabrera no era de las que se quedaban calladas ante una injusticia y decidió denunciarlo. Después de semanas de amenazas, el 27 de enero de 2004, un tiro de 9 mm en la nuca la silenció para siempre. En su asesinato no solo se podía ver una represalia sino también un mensaje: un intento de aleccionar a quienes trabajan y luchan para evidenciar la impunidad de la policía.

El crimen continúa impune. Por su muerte quedó imputado y detenido Diego Parvulusik, oficial inspector de la Policía Federal en Rosario quien hoy vive libre en la provincia de Buenos Aires. Como consecuencia de su asesinato se disolvió Moralidad Pública de la Policía sin abrir juicio sobre sus miembros. Cuarenta policías fueron redistribuidos entre diferentes brigadas.

También se aceleró un proyecto que Sandra había presentado en la Legislatura para la modificación de los artículos 83, 87 y 93 del Código de Faltas que facultan a la Policía a detener a las "prostitutas cuando hacen oferta pública y escandalosa de sexo". "Sandra vive, su lucha sigue" nombraron sus compañeras a la actividad que realizaron el día posterior a los talleres. Se reunieron en un centro cultural y proyectaron el documental *Sexo, dignidad y muerte* que trata sobre ella. Luego conformaron un panel en el que debatieron su vida, su lucha y la causa que quedó archivada.



Desde allí se podían escuchar cada tanto los aplausos de las compañeras que estaban en el patio. El aula continuaba repleta y cada vez intervenían más personas.

—Yo no sé mucho del tema, por eso estoy acá. Vengo de otra militancia. Soy maestra y llegué con el sindicato junto con mis compañeras. Mi postura va más por el lado de estar en contra, me parece que ser prostituta es estar a merced de la violencia de cualquiera.

Ante esa presentación, una chica que se identificó como militante de izquierda, mostró su opinión:

—Claro que es estar a merced de la violencia de cualquiera. Estar en situación de prostitución es ser violada sistemáticamente, una y otra vez por puteros. Es ser víctima del sistema prostituyente. No podemos apoyar que esto se considere trabajo para dejar a todas estas mujeres bajo el poder de hombres machistas.

—A la trabajadora sexual es la única a la que se le exige que sus clientes sean feministas. A ninguna otra trabajadora se le pide esto. ¿Nos encontramos con hombres machistas? Claro, porque vivimos y trabajamos en esta sociedad. Si vos podés tener un padre, hermanos, compañeros de trabajo, jefes, amigos y hasta tu pareja puede ser machista, ¿por qué mis clientes no pueden serlo? ¿Por qué se le exige a la puta la prueba del feminismo?- la que hablaba era la Secretaria General de la Asociación de Mujeres Meretrices de Argentina, Georgina Orellano.

Quien había hablado anteriormente no resistió esta respuesta y comenzó a gritar por sobre Georgina, sin dejarla hablar:

— ¡Burguesa! ¡Fiola! ¡Proxeneta!

Gran parte de lxs que estaban en el aula comenzaron a abuchearla y pedirle que se retire por no cumplir la única “regla” que tienen los talleres: respetar los turnos para hablar y, sobre todo, respetar a quien está haciendo su intervención. Luego de varios “¡Que se vaya!” la chica finalmente salió a los gritos.

Las “víctimas del sistema prostituyente” deben ser las únicas a las que sus supuestas salvadoras les hablan de una manera tan cruda. Porque decirle “violada sistemáticamente” a alguien que se cree que sufrió distintas violencias es, al menos, bastante insensible. Y a eso, se le suma la acusación de proxenetas si no aceptan su lugar de víctimas.

—Vine acá con una idea, y escuchándolas a ustedes, cambié mi parecer y ahora las apoyo- dijo la maestra que había hablado al principio. Y todo el grupo estalló en aplausos.

Existe una leyenda acerca de una isla que desaparece y aparece en distintas partes del mundo, que solo lxs afortunadxs han podido divisar, y todas las historias

coinciden en que es un paraíso inimaginable. Acá, en la Argentina, pudimos encontrarla. Se deja ver una vez al año, durante tres días en alguna ciudad: la Nación Feminista.

El *merchandising* puteril había sido todo un éxito en Rosario. No había cuadra en la ciudad en la que la inscripción puta feminista no se leyera en alguna remera o pin. Era mucho más de lo que podían esperar, junto con la cantidad de personas que fueron al taller. El apoyo era casi tangible.

La columna de la marcha final empezaba a moverse. Mónica miró para los costados y vio una fiesta: mujeres de todas las edades bailando y cantando, con carteles y pintadas en el cuerpo a favor del trabajo sexual. Ya nadie se escondía atrás de una careta porque la lucha es más fuerte que el estigma.

Recordó sus comienzos, veinte años antes en San Juan, cuando tenía que mentir diciendo que limpiaba casas o cuidaba ancianxs... llevando otra ropa en el bolso, escondiendo su actividad; cada encierro, y los dos meses de prisión hasta que salía y volvía a pararse en la misma esquina y otra vez la detenían. Los inviernos en que los

bomberos le echaban agua a ella y a sus compañeras y aun así seguían ahí. Cuando la policía las golpeaba, les robaba... Y nadie se hacía eco de su situación.

Ahora habían roto ese silencio, que no era el de quien no tiene voz, sino el de quien no tiene alguien que lo escuche. Había mucha gente que las apoyaba, como todxs lxs que oyeron hablar a una puta en primera persona durante dos días.

Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas, primero lentamente y después como tormenta de verano. Mónica abrazó a sus compañeras y les agradeció haber llegado hasta ahí.

Muchas veces, en las distintas marchas, se usó el nombre de las putas, se lo escribió en remeras, parches, en el cuerpo desnudo. Tantas veces se habló por ellas. Pero nadie se preguntaba dónde y por qué no estaban. Quienes lo viven realmente, las putas, escribirán esta historia de ahora en más. Trece años después volvieron al Encuentro Nacional de Mujeres, y esta vez para quedarse.